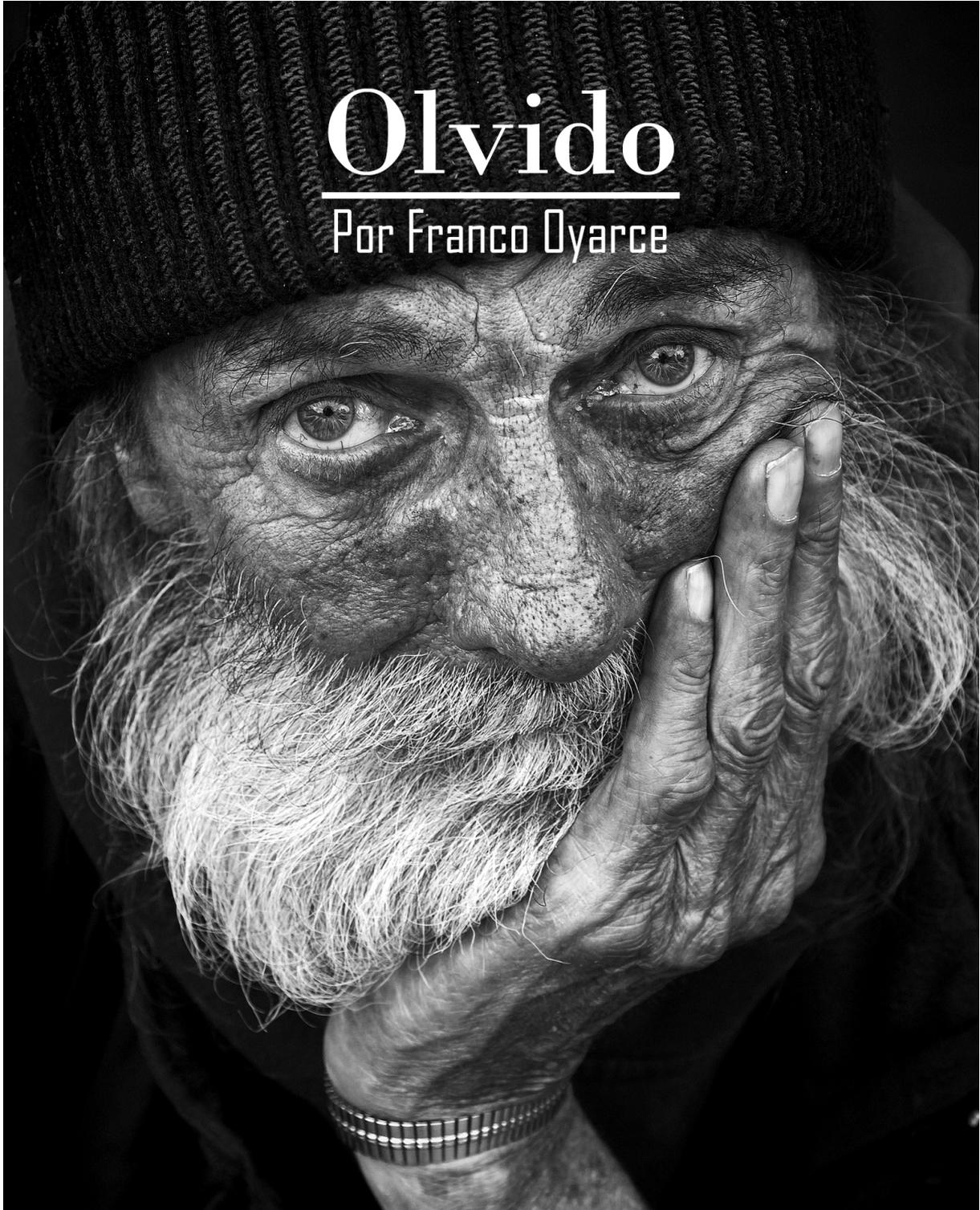


Olvido

Franco Oyarce Perez



Capítulo 1

1

Ana, una anciana de ochenta años, camina hacia el comedor, sosteniendo con sus temblorosas manos una taza de té. Vicente, su esposo, dos años mayor que ella, recibe la taza y la reposa sobre la mesa. Vicente se alegra, lo mejor del día para él, es tomar té por la tarde mientras conversa con su esposa, aunque últimamente han discutido mucho. Son peleas banales pero siempre terminan amargando sus días y la pelea que se viene no iba ser diferente de las demás.

-Está un poco frío -dice Vicente amargado.

-Anda a calentarlo tú, voy por mi taza.

-¿No puedes hacerlo tú? -dice con un tono de pillo.

-Uf, eres muy perezoso, antes hacías de todo y ahora apenas te paras de esa silla.

Vicente se abstiene de decir algo. Ese silencio le dio a entender a Ana que no se iba a levantar y para no discutir, recoge la taza de Vicente y se la lleva a la cocina. Vuelve de la cocina con la taza hirviendo, al igual que ella, ardiendo de enojo, de rabia, de que su marido no sea capaz de pararse para hacer algo por el mismo. Si le cuesta hacer cosas por él, menos por los demás.

-Aquí está tu taza.

-Gracias amor -dice sonriéndole.

Ana lo mira con desprecio. Vicente se enoja, esa cara le recuerda a gente de su pasado, personas que lo despreciaban y él a ellas. Gente que una vez jubilado juró olvidar, pero ahí están de nuevo, rondando su mente, gracias a su esposa.

Ana vuelve a la cocina por su taza, una vez vuelve, mira de reojo a su esposo y se sienta lentamente. Vicente captando esta nueva mirada, está decidido a confrontarla.

-Odio la cara que me pusiste.

-¿Cuál cara?

-Esa cara de desprecio.

-Pues te lo mereces, eres demasiado flojo como para ir a buscar tu té.

-¿Flojo? Limpio y ordeno el establo casi todos los días. Riego y podo todas las plantas, cuando lo necesitan. Al igual que en nuestra antigua casa en Santiago -dice Vicente orgullosamente, como si mereciera un premio al esfuerzo.

-¿Qué casa? Si vivíamos en un departamento, viejo loco. Las plantas del balcón más encima las regaba yo.

-Ya te pusiste weona, ¿no recuerdas el laurel grande que teníamos?

-¿No te refieres al Laurel que tenemos plantado aquí en la parcela?

-Yo no he plantado ningún Laurel que sepa -dice indignado.

-¿Y ese laurel que tenemos plantado? ¿salió de la nada? Si aquí no se dan laureles de forma natural.

-Déjame tomar el té tranquilo -dice a regañadientes, porque lo hizo dudar de sus recuerdos, estaba seguro que vivían en un departamento pero ahora lo duda.

Los dos terminan de tomar el té en silencio, Ana se levanta y se lleva su taza a la cocina. De repente, rayos de luz rojiza se posan en las paredes de la sala e impregnan el lugar, dando una sensación cálida. Vicente decide terminar de tomarse el té afuera. Sale al patio trasero, queda maravillado por los tonos rojos y rosados del cielo. Ana se acerca por el dorso de Vicente y al igual que él, queda maravillada por esa amalgama de colores. Le da felicidad haberse venido al campo, alejarse de la ciudad en que vivió toda su vida, la cual era todo su mundo y ahora por fin vivía en paz.

-Me hubiera gustado que Carlos viera esto -dice con tristeza.

-¿Carlos? ¿Quién es Carlos?

Ana lo mira detenidamente con cara de extrañeza, no puede creer que su esposo haya olvidado al único hijo que tuvieron.

-Nuestro difunto hijo, Carlitos. ¿No te acuerdas?

-Nunca hemos tenido un hijo, abortaste a uno cuando recién nos

habíamos casado.

-¡No seas tonto! ¿Cómo no te vas a acordar de Carlos?, tienes problemas de memoria al parecer. Se murió de cáncer, a los 6 años.

-¡Esa fue la película de anoche! vieja loca. Estás pelando el cable de nuevo - bruscamente deja la taza sobre la silla de mimbre.

-¡Pero si ayer fuimos a ver a Nani!

-¿Nani? ¡Se murió hace dos años!

Vicente, enojado, entra a la casa y cierra de golpe la puerta. Nuevamente se arruinó la tarde, el té calentito y el hermoso atardecer eran el panorama perfecto. Pero fueron masacrados por la mala cabeza de su esposa, quien divaga sin parar a través de sus recuerdos.

El rojo del cielo fue transformándose de a poco en un azul. Ana contemplando aún el cielo decide ir a acostarse, se siente muy cansada, los huesos le duelen. la mandíbula le pesa y las manos no le responden como quiere.

Ana y Vicente se acuestan, en silencio, como la noche. Apagan las luces, la luz de la luna y estrellas se hace presente. Vicente mira detenidamente el techo, el haz de luz frío que recorre desde la ventana hasta el closet y a su esposa, acostada dándole la espalda.

2

Vicente acostado da vueltas hacia la derecha e izquierda constantemente, un sueño lo acecha. Ve a una niña corriendo por una casa.

-¡Papá, papá! Ven rápido, se nos va a ir -dice la niña felizmente.

Vicente con un aspecto más joven, solo se abstiene de mirarla con extrañeza. La niña con actitud impaciente corre hacia él y le toma la mano.

-¡Vamos papá! -lo lleva hacia otra habitación. -¿Qué te pasa? Muévete más rápido.

Llegan a la habitación, al cruzar el umbral de la puerta se transforma en una carretera. Está nevando continuamente, hay un automóvil destruido

contra una cerca, se ve una pequeña silueta en el parabrisas.

-¡Mira! Ahí estoy yo, salúdame -dice mientras apunta a la silueta.

Vicente rodea el automóvil, ve el cuerpo de la niña mutilado en el parabrisas, la niña de mismo aspecto que le toma la mano, lo suelta.

-¿Ya me olvidaste? -dice con una sonrisa. -¡Cuidado!

Vicente se da vuelta y un laurel gigante está dentro del automóvil, este con sus ramas le atraviesa el corazón y este se despierta. Vicente está en el piso, su esposa lo mira desde la cama muy preocupada, a esta edad una caída de la cama puede significar la muerte..

-¿Acaso no me escuchaste? Te grité cuidado, traté de agarrarte, pero no lo logré.

-Ayúdame a levantarme por favor.

Ana se levanta, rodea la cámara y con los débiles huesos de sus manos, hace fuerza. Vicente se logra levantar apoyándose en el velador y suspirando. Solo le duelen los brazos y un poco la espalda, podría haber sido mucho peor. Aunque se siente triste, por el sueño que tuvo, aún recuerda a la niña y el automóvil estrellado.

-Tuve una pesadilla -dice de forma melancólica.

-Si me di cuenta, te movías para todos lados y me agarraste la mano.

-Una niña me llamaba constantemente y ..

-¿y? -pregunta con curiosidad.

-No importa, fue solo un sueño, anda a acostarte. Iré a ver televisión al sillón.

-Pero sigue durmiendo.

-No quiero, me da miedo tener otra pesadilla.

Ana muerta de sueño se acuesta, Vicente llega a la sala de estar con una sensación de cansancio, ve que la luz del sol toma el protagonismo de la sala. Estos rayos a diferencia de la luna, son muy cálidos e incluso reconfortantes. Otra luz más fuerte se hace presente a través de las cortinas. Una luz muy amarilla, artificial. Vicente extrañado camina hacia la ventana, abre la cortina y observa un automóvil que se estaciona cerca de su establo. Vicente recuerda que últimamente andan desapareciendo

animales por el pueblo, va a la estantería y saca un bate de béisbol.

Desde la puerta de su casa ve como una silueta entra al establo, Vicente camina despacio y tratando de no hacer ruido. Al llegar al establo, observa muy silenciosamente su interior, ve que una mujer le está colocando las riendas al caballo. Vicente decidido de proteger a sus animales, rápidamente se coloca detrás de ella y azota el bate. La mujer lo esquiva, pero se cae en la paja. Vicente lo intenta de nuevo, levanta el bate.

-¡Papá soy yo! ¡Tu hija!

A Vicente le cuesta reconocerla, pero poco a poco se le van reviviendo los recuerdos. Se le llenan los ojos de lágrimas, baja el bate y lo suelta. Caee de rodillas, arrepentido y avergonzado. Decepcionado de sí mismo por olvidar a su hija, aunque sabía que no tenía la culpa, aun así se sentía responsable.

-Lo siento, hijita -dice llorando.

-Tranquilo -lo abraza-. Es el alzheimer, es normal que me olvides.

-Pero no debería, como olvidar a alguien tan importante, prefiero estar muerto antes que olvidarte.

-No digas esas cosas -dice con los ojos llorosos-. Olvidarme no va a cambiar el gran padre que fuiste -le da un abrazo más fuerte.

-Con tu mamá pensamos que te habías muerto en un accidente, según tu madre eras un niño.

-Anoche estaban dando una película con esa trama. Tal vez la vieron y la confundieron con sus recuerdos. Que yo sepa nunca he tenido un accidente de pequeña.

-Probablemente, vamos para adentro mejor. Anuncian lluvia para hoy.

-Quería cabalgar con Valentin pero lo haré más tarde, una taza de café no me vendría mal.

Padre e hija caminan abrazados por el pasto, los rayos del sol les acaricia las cara y rápidamente Vicente olvida el sueño y lo ocurrido recientemente.

FIN